

— Otro versito; compadre.
 — Bien, valedor, suene el arpa;
 Y los músicos contentos
 Este otro perverso cantan.

—————
 Cuando á entrar llegaron
 A la capital,
 Con las *margaritas*
 Iban al portal,
 A la Bella Union
 Iban á bailar,
 Y de pasadita....
 Tararirará.

—————
 — Don Dolores, ese verso
 Es siempre el que mas me *cuadra*;
 Dijo erutando aguardiente
 El Tiburon, con cachaza.

Y se acostó en la canoa
 Sin poder sufrir la carga
 Del aguardiente que dentro
 De su estómago llevaba.

Así llegó hasta la Viga,
 Do todos desembarcaran,
 Y juntos se retiraron
 Hacia el barrio de la Palma.

PASO SESTO.



UN DEPENDIENTE Y SU PRINCIPAL.

No sabe mas que querer,
 Y querer con demasia. . . .
 TOMAS R. RUBI.

Es una sala hermosa,
 Con gran lujo alhajada,
 Y buen gusto adornada,
 En casa Braulio Flan.
 Donde este, pensativo
 Se encuentra en este instante,
 Mostrando en su semblante
 De su alma el duro afan.

Recorre á largos pasos
 La estancia, silencioso,
 Sin paz y sin reposo,
 Y el rostro sin color:
 Y ya ahora deteniéndose,
 Hora impaciente andando,
 Al mundo revelando
 De su alma está el dolor.

¡Ah, Soledad...! esclama,
 Al fin en su tristura:
 No sé tu imágen pura
 Qué tiene para mí:
 No sé; pero al mirarte
 Tu rostro me sedujo,
 Y un poderoso influjo
 Ejerces sobre mí.

¡Oh hermosa! si supieras
 Mi alma cuanto te adora....!
 Si el fuego que devora
 Vieras, mi corazon....!
 Mas conocer no puedes
 Esta pasion inmensa:
 Aquesta llama intensa
 Que turba mi razon.

No: porque de mis labios,
 Hermosa, no has oido,
 Que vivo á tí rendido,
 Que te amo con ardor.
 Pues tu presencia angélica
 Respeto tal me infunde,
 Que callo aunque me inunde
 El fuego del amor.

Y todas las protestas
 que hacer suelo en tu ausencia,
 A tierra en tu presencia
 Vienen, á mi pesar.
 ¡Ah! sí, que el amor mio
 Es respetuoso y tierno,
 Puro, infinito, eterno,
 Y púdico á la par.

Mas hoy preciso es sepas
 Que en tí se abrasa el alma,
 Y que por tí sin calma
 Vivo en el mundo, sí.
 Sí; á Felix, á ese primo
 Y amigo predilecto,
 Voile ahora mi proyecto
 A revelarle aquí.

El es el hombre único
 Que puede en tal momento,
 Hacer que mi tormento
 Se torne en dicha: él,
 Sí, una palabra suya
 Que en mi favor pronuncie,
 Hará que no renuncie
 Su prima á mi amor fiel.

Diréle que por ella
Siento un ardiente fuego:
Que vivo sin sosiego
Por ella, y sin placer:
Y en fin, que la amo tanto,
Que me hallo decidido,
Si soy correspondido,
A hacerla mi muger.

Y él, que la estima y ama,
Placer sentirá inmenso,
En ver que feliz pienso
Hacerla al punto yo.
Y no bien acababa
De pronunciar aquesto,
Cuando con paso presto
Don Félix allí entró.

—Don Braulio, he aprovechado
El momento sin que hacer,
Para venir á saber
Para qué me habeis llamado.

—Muy bien, Félix, sois discreto,
Y por lo tanto á vos solo,
Pues desconoceis el dolo,
Revelar quiero un secreto.

—Esa distincion, señor,
Me honra como no merezco;
Mas serviros os ofrezco
Sin olvidar tal favor.

—Así lo espero de vos;
Y por tanto en este instante,
Lo que hay mas interesante
Para mí, os diré por Dios.

—Hablad, don Braulio, que escuchó.
—Sin duda habreis observado
Que la casa he descuidado....
—Con dolor lo he visto mucho.

—Pues bien, aqueste descuido,
Esta indiferencia fria
Con que mira el alma mia
Las riquezas que he adquirido....

Este terrible tormento
Que ven todos sorprendidos ...
Aqueste de los sentidos
Fatal adormecimiento....

Todo esto, Félix no tiene,
Por origen otra cosa,
Que una pasion ardorosa
Que mi corazon contiene....

Una pasion que me abruma....
 Pasion que me abrasa el alma....
 Pasion que roba mi calma....
 Pasion frenética en suma.

Y esta pasion sin igual
 Que me devora inclemente,
 Me ha inspirado, de repente,
 Una mujer celestial.

—Pero cualquiera mujer
 Que sea de vos amada,
 Creo ha de juzgarse honrada,
 Y os ha de corresponder.

La buena reputacion
 Que ha tiempo adquirido habeis,
 Las riquezas que teneis,
 Y un tan noble corazon,

Motivos son que ninguna
 Mujer á de despreciar:
 La que ameis, os ha de amar,
 Pues verá en vos su fortuna.

—No abrigo yo esta esperanza...
 La mujer que amo es tan bella,
 Que me creo nada ante ella,
 Y vivo sin confianza....

—Más, don Braulio, vos sin duda
 El objeto hais olvidado
 Para que he sido llamado
 A este sitio en vuestra ayuda.

Me abris vuestro corazon
 Tal vez, señor, sin querer,
 Pues nada tengo que hacer
 Yo con la vuestra pasion.

—Don Felix, os engañais:
 Os he llamado ha un instante,
 Para que el amor constante
 Que me devora sepais.

—¿Pero qué tengo que ver
 Yo con vuestra pasion pura?
 —Mas de lo que se os figura
 Teneis en ella que hacer.

—Deseo, señor, ya oír
 Vuestras palabras al punto.
 —Escuchad, pues, que el asunto
 Os lo voy pronto á decir.

La muger á quien adoro
 Y en quien cifro mi ventura,
 Es modelo de hermosura,
 Cual de pureza tesoro.

Joven, llena de candor,
Risueña, descolorida,
Hermosa, como es la vida
Cuando principia el amor.

Mas aunque el pecho me impulsa
Hacia ella constantemente,
La callo mi amor ardiente
Por temor de una repulsa.

Pero hoy que mi corazon
Está en tanto afan envuelto,
El declararla he resuelto
Tan poderosa pasion.

Pero quiero que seais,
Vos, don Félix, quien la cuente
Que la amo constantemente,
Como persuadido estais.—

El rostro se le encendió
A don Félix, que humillado
Se creyera; y enojado
De esta suerte contestó.

—Señor Flan, ¿en qué concepto
Me habreis tenido hasta ahora?
Comision que me desdora,
Jamás, don Braulio, la acepto.

Jamás hubiera creído
Que tantas pruebas de aprecio,
Borrarais con el desprecio
Que de vos he recibido.

¿Habeis, don Braulio, pensado
Que obrara tan bajamente...?
No; si es pobre el dependiente,
Su corazon es honrado.

Es, sí, rico de honradez,
Y por nada se mancilla;
Y aunque pobre, no se humilla,
Antes muestra su altivez.

—Tranquilizaos: mi intento,
Don Félix, no es ultrajaros;
Antes una muestra daros
Quiero de estima al momento.

No pretendo mancillar
Vuestro honor en este instante,
Ni comision degradante
Ha sido mi intento os dar.

No: que en más que eso os estimo;
Y en prueba de que no miento,
En nombre de ella al momento
Os diré, pues no me escimo.

Sí, Félix, esa beldad
Que tanto mi pecho ama...
Esa mujer que me inflama...
Se llama, sí, Soledad...!

—Soledad...! cómo...! exclamó,
De tal nombre sorprendido.

—Sí, vuestra prima ha encendido
Mi pecho que nunca amó.

¿Os prestareis ya contento
A revelarla mi amor,
O quereis que este favor
A otro pida en tal momento?

—Ah! no, D. Braulio; seré
Vuestro intercesor aquí,
Esclamó fuera de sí
Félix: yo todo lo haré.

Yo sin reparo me presto
A cuanto querais, señor;
Sí, la pintaré ese amor,
Para que entre ambos quede esto.

Mas, don Braulio, yo os suplico
Que antes que ella amor os cobre,
Refleccioneis que es muy pobre
Y vos en extremo rico.

Y que esta desigualdad
Jamás conveniros puede,
Y que ya en amor se escede
Vuestro pecho, y en bondad.

—No, Félix; he consultado
Conmigo mismo bastante,
Y he visto que ni un instante
Puedo vivir separado.

He visto que Soledad
Es un angel de hermosura,
Y que ella hará mi ventura
Y eterna felicidad.

Que ella es la única mujer,
Cuya celestial presencia,
Amar me hace la ecsistencia
Y me inunda de placer.

Nada importa que riqueza
No tenga en el mundo odioso,
Pues para vivir dichoso.
Me sobra con su belleza.

Los tesoros que poseo
Son suficientes á hacer
Que vivamos con placer
En los lazos de Himeneo.

—Este hombre, dijo entre sí
Don Félix, asesinarne
Se ha propuesto, y condenarme
A un eterno frenesí.

Y siguió diciendo luego
En alta voz con afán,
Queriendo apagar en Flan
De su ardiente amor el fuego.

“Pero ¿es posible, señor,
Que en vos tal pasión exista...?
Haced vuestra alma desista
Para siempre de este amor.

—No, jamás... antes la muerte....
La amo con ardor profundo,
Y no habrá nada en el mundo
Que apague pasión tan fuerte....

Nada hay que considerar:
Si me ama seré dichoso,
Y á ser al punto su esposo
Resuelto estoy: no hay que hablar.

—No hay de convencerle modo,
Dijo Félix para sí:
Casarse intenta, ¡ay de mí!
Con mi esposa, contra todo....

—Y vos, que solo anhelais
Ver á Soledad dichosa,
Que la elija para esposa
Espero que bendigais.

—¡Oh...! sí, señor, ¿cómo nó?
Me es mucho... muy halagüeño...
¡Oh...! sí...sí... tengo un empeño...
Ya veis... pues... al cabo yo...

—Habeis de ser el padrino,
Vos, Félix, de casamiento.
—(Esto mas, ¡oh yo reviento!)
Dijo en voz baja y sin tino.

—Vereis cuan felices, cuanto
Vamos á vivir los dos;
Y cuando nos ceda Dios,
Tengamos hijos... ¡qué encanto..!

—“¡Oh! sí... se supone... pues...”
Dijo Félix conteniéndose,
Y los sus lábios mordiéndose,
“Hijos... si posible es...”

—¿Estais, don Félix en vos...?
¿Cómo, si es posible...? ¡vaya!
Yo espero lo menos que haya
Cada año, sin duda dos.

Pero si no me equivoco
Hacia aquí viene la bella:
Os dejo solo con ella:
Decidla lo que hablé ha poco.

—¡Ah! no: quedaos aquí,
Que este es el modo mejor
De declararla el amor
Y de que ella os ame, sí.

Que yo con vos estaré,
Y haré porque ella...—Corriente:
Si lo juzgais conveniente,
Con vos, Félix, quedaré.—

Y radiante de hermosura
Llegó hacia ellos Soledad,
Como tras la tempestad
Brilla mas la estrella pura.

Y con voz encantadora,
De esta suerte les habló,
Despues que les saludó
Con su gracia seductora.

—¿Qué feliz casualidad
Me proporciona el placer
De llegaros aquí á ver,
Mostrándome tal bondad?

—Querida prima, esta ha sido
Casualidad meditada,
Y en que estás interesada,
Si acaso mal no he entendido.

—¿Cómo así?—Te lo diré:
El Sr. Flan se ha empeñado
Tanto en mostrarme su agrado
Y benevolencia, que....

—Ya te entiendo: habrá querido
Darte alguna nueva prueba
De su aprecio, que él lo lleva
Al extremo no creído....

—Pues... sí... sí... eso viene á ser...
Pretende, pues me agasaja...
Y luego añadió en voz baja,
Hoy quitarme mi mujer.

—Y yo las gracias le doy
Por favor tan manifesto.

—(¡Solo me faltaba esto...!
Vamos, pues lucido estoy...)

Br. —El objeto (¡oh ansia impía!)
Que á esta sala me ha traído,
Me interesa...—Y he entendido
Que á tí tambien, prima mia.

Don Félix interrumpió
Sin dejarle concluir;
Me lo acaba de decir,
Porque uno somos tú y yo.

—No comprendo... contestó ella.
—Sentémonos, Soledad,
Dijo Braulio, y escuchad,
Mostrando siempre alma bella.—

Y don Braulio se sentó
De la jóven tierna al lado,
Y Félix triste y parado
Detras de ellos se quedó,

Fél. —(Nunca, no, en lance tan crítico
Cielos, me he llegado á ver;
Presenciar que á su mujer
La amen, es antipolítico.)

Br. —Al creer que mi confesion
Tal vez podrá disgustaros,
Recelo manifestaros
Lo que anhela el corazon.

Sol. —Al oiros así hablar,
Cualquiera, señor, creeria
Que alguna maldad impía
Me íbais ahora á revelar.

Fél. —(¿Y qué mayor puede haber,
Dijo Félix entre sí,
Que codiciar, ¡ay de mí!
Del prójimo la mujer...?)

Br. — Quizá sea para vos
El secreto, bien querido,
Que hasta hoy ha estado escondido
Entre este mortal y Dios.

Sol. —Don Braulio, me haceis temblar:
Pero por grande que fuera
El delito, lo absolyiera
Yo al momento de escuchar.

Br. — Esas palabras valor
A mi corazon infunden.

Fél. —(¡Ay! y en el mio difunden
Un miedo desgarrador...)

Br. —Me acuerdo que os prometí,
Cuando os llegué á conocer,
Por vuestra fortuna ver
Cual lo pudiera por mí.

Y que anhelando el reposo
De vuestra alma tierna y pia,
Dije que os buscaría
Un digno y amable esposo.